LOS LEGAJOS DE CUENCA 1



La retocadora

Novela negra. Cuenca, 1947

JULIAN DELPHIKI

Thinking School

La retocadora

LOS LEGAJOS DE CUENCA 1

La retocadora

Novela

JULIAN DELPHIKI



Thinking
School

La retocadora
Los legajos de Cuenca, 1

© 2026, Julian Delphiki
© de esta edición: Thinking School

Primera edición: noviembre de 2026

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia. La nota del autor, al final del libro, separa los hechos históricos documentados de lo inventado.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

A quienes abren las cajas.

Líbrame de la sangre, oh Dios.

Salmo 51 (*Miserere*)

ÍNDICE

Prólogo 1

PARTE I Sales de plata

Uno. *Fondo Garcés* 7
Dos. *El oficio de quitar* 13
Tres. *La cara que no está* 20
Cuatro. *El desván* 26
Cinco. *Morteruelo* 33
Seis. *El locutorio* 38
Siete. *Diligencias previas* 44
Ocho. *La serrería* 51
Nueve. *Sin sepultura eclesiástica* 57
Diez. *Luz roja* 64

PARTE II El revelado

Once. *Pero no me rindo* 75
Doce. *La inspección* 82
Trece. *El nieto* 87
Catorce. *La presa del molino* 93
Quince. *Carey* 99
Dieciséis. *El día y la hora* 105
Diecisiete. *Doce placas* 111
Dieciocho. *Domingo de Ramos* 119
Diecinueve. *Lo que dice el papel* 127
Veinte. *Las cosas que no existen* 135

PARTE III El retoque

Veintiuno. *Fuentes del propio archivo* 143
Veintidós. *Jueves Santo* 149
Veintitrés. *Persona de orden* 156
Veinticuatro. *Doce placas, según Garcés* 162
Veinticinco. *Lo que queda de la serrería* 169
Veintiséis. *Domingo de Resurrección* 176
Veintisiete. *La orla* 182
Veintiocho. *Miserere* 190
Veintinueve. *Cristal* 197
Treinta. *Te esperé hasta las once* 205

PARTE IV Positivo

Treinta y uno. *Calla, por el niño* 215
Treinta y dos. *El caramelo* 223
Treinta y tres. *Lo que dicen los papeles* 229
Treinta y cuatro. *Siete* 235
Treinta y cinco. *Jueves Santo* 240
Treinta y seis. *El puente* 246
Treinta y siete. *El puente* 252
Treinta y ocho. *A la familia de Julia Cañete Sanz* 260
Treinta y nueve. *Juntar las mitades* 263
Epílogo. *Positivo* 270
Nota del autor 276
Sobre el autor 280
Otros libros de Julian Delphiki 282

Prólogo

Los tambores empezaron antes de que amaneciera, como todos los años, y Julia Cañete pensó que la ciudad entera tenía fiebre.

Bajaban desde el Salvador por encima de los tejados, un redoble sordo, sin compás, roto a trechos por el chillido de un clarín que alguien tocaba mal a propósito. Así tenía que sonar: como una burla. Los turbos se pasaban la noche en vela para que, al salir el Nazareno, la ciudad le gritara lo mismo que le habían gritado camino del Calvario. De niña, su padre la subía en hombros para que lo viera. Le tapaba los oídos con las manos manchadas de tinta y le decía al oído, por debajo del estruendo, que no tuviera miedo, que aquello era teatro, que los que de verdad hacían daño nunca tocaban el tambor.

Julia cerró la puerta de casa sin hacer ruido. Su madre dormía por fin, después de toda la noche tosiendo. En la mesa le había dejado el pan, la achicoria y una nota: *Vuelvo a mediodía. No abras a nadie*. La nota era inútil, porque su madre ya no se levantaba para abrir a nadie, pero Julia la escribía igual, cada mañana, con la letra redonda de las maestras que le habían enseñado en la Normal. Era una costumbre. Las costumbres eran lo único que la guerra no había conseguido requisar.

Hacía frío de río. El barrio de San Antón olía a leña mojada y a barro de alfarero, y las casas se apretaban unas contra otras como si también tuvieran miedo. En la puerta de la iglesia de la Virgen de la Luz ardía un farol. Julia no se santiguó. Se ajustó el pañuelo, apretó contra el costado el bolso de hule y echó a andar hacia el puente.

Dentro del bolso, envuelta en dos hojas de periódico y un paño de cocina, iba una placa de vidrio de trece por dieciocho. Velada, inservible, negra como una ventana tapiada. La buena estaba donde a nadie se le ocurriría

buscarla, y eso solo lo sabían ella y un hombre que no hablaría. Aun así, Julia apretaba el bolso como si llevara dentro la de verdad. Era increíble lo poco que pesaba algo capaz de mandar a un hombre al paredón.

A las nueve, se repitió. *A las nueve, en la Virgen de la Luz, y se acabó*.

El Júcar bajaba crecido con el deshielo de la Serranía. Lo oyó antes de verlo: un rumor ancho, oscuro, que se tragaba los tambores cuando ella se acercaba al agua y los devolvía cuando subía la cuesta. Sobre los cerros había una raya de luz gris, todavía sin color. El puente de San Antón era una joroba de piedra contra esa raya, y en el pretil, a la mitad, había alguien.

Julia aflojó el paso.

La figura no se movía. Llevaba ropa oscura, como toda Cuenca aquella madrugada, y la cabeza cubierta. Podía ser cualquiera: una vecina que volvía de velar al Santísimo, un turbo que se había separado de los suyos para mear en el río, un guardia. A esa hora, en ese día, todo el mundo tenía una excusa para estar en la calle. Esa era la gracia del Viernes Santo en Cuenca, le había dicho una vez Matías Garcés mientras cargaba las placas en los chasis: que media ciudad se disfrazaba de nazareno, la otra media se disfrazaba de beata, y nadie le preguntaba a nadie de dónde venía.

Pensó en dar la vuelta. Pensó en el camino largo, por la orilla, hasta la Puerta de Valencia. Pero el camino largo pasaba por delante de la serrería, y no quería ver la serrería, ni el agua negra amontonando troncos en la presa, ni nada que le recordara a Teodoro Lumbreras antes de la hora en que tenía que verlo.

Además, ya la habían visto.

—Julia.

Lo dijeron bajito, casi con cariño. Por encima del río y de los tambores, su nombre sonó como se dice el nombre de alguien a quien se ha estado esperando mucho tiempo.

Julia se detuvo a tres pasos del pretil. Notó el borde de la placa contra la cadera, a través del hule. Pensó, con una claridad que la sorprendió, que tenía las manos frías y que debería haberse puesto los guantes de lana de su madre. Pensó en Tomás, que a esa hora estaría despierto en su celda de la calle del Trabuco, oyendo los mismos tambores, contando los días. Pensó que, si todo salía bien, dentro de un mes su hermano podría oírlos desde la calle.

—Has venido —dijo.

La figura se apartó del pretil y dio un paso hacia ella. El farol de la iglesia quedaba atrás, lejos; la luz del cielo aún no llegaba al agua. Julia no le veía la cara.

Arriba, en el Salvador, los clarines rompieron todos a la vez, destemplados, larguísimos, y la ciudad entera empezó a gritar.

Dos días después, un hombre que bajaba al molino a ver cómo había dejado la crecida las compuertas encontró a Julia Cañete Sanz enredada en las ramas de un chopo caído, aguas abajo.

Tenía los ojos abiertos. En la mano derecha, cerrada con tanta fuerza que hubo que abrírsela dedo a dedo, apretaba un trozo de carey del tamaño de una uña.

El bolso no apareció nunca.

PARTE I

Sales de plata

UNO

Fondo Garcés

En las cajas hay catorce mil placas de vidrio, y el vidrio, a diferencia de la gente, no avisa cuando va a romperse.

La furgoneta llega a las nueve y diez, marcha atrás por la calle del Trabuco, con el retrovisor a un palmo de la piedra y un operario dando golpecitos en la chapa como quien calma a un caballo. Alba Moya la espera en la puerta del archivo con los brazos cruzados y el cuentahílos colgando del cuello, golpeándole el esternón cada vez que respira.

—Despacio —dice, aunque nadie le ha preguntado—. Por favor. Despacio.

El conductor la mira por el retrovisor con la paciencia de quien ha transportado pianos, ataúdes y una vez, en Teruel, un retablo entero. Alba levanta una mano a modo de disculpa. Sabe lo que parece: una funcionaria con el abrigo abrochado hasta el cuello que trata cajas de cartón como si fueran recién nacidos. Le da igual. Dentro de esas cajas, entre placas y negativos de nitrato y acetato, hay cincuenta y dos años de una ciudad.

El edificio del Archivo Histórico Provincial se encaja en lo alto de Cuenca como un puño cerrado. Fue castillo, luego tribunal de la Inquisición, luego cuartel en las guerras carlistas, luego cárcel durante más de cien años, hasta que en los setenta lo cerraron y lo dejaron pudrirse con las ventanas abiertas a las hoces. Lo rehabilitaron a finales de los ochenta. Ahora tiene ascensores, deshumidificadores, estanterías compactas sobre raíles y siete kilómetros lineales de papel, pero cuando Alba se queda sola por la tarde en el depósito del sótano todavía oye, o cree oír, el ruido que hacían las puertas. Es un sonido que no existe, lo sabe. El edificio lo fabrica con el viento.

—Fondo Garcés —lee en voz alta el operario, en el albarán—. ¿Esto qué es, fotos?

—Fotos —dice Alba—. Un estudio de la calle Carretería. De 1919 a 1971.

—Mi abuela se casó en un estudio de Carretería —dice el hombre, y la mira como si ella pudiera sacar a su abuela de una caja y devolvérsela con el velo y todo.

Puede que pueda. Es lo que tienen los archivos: que siempre hay alguien que se casó.

Lucía Garcés llegó la semana pasada desde Valencia para firmar la donación. Sesenta y cuatro años, arquitecta jubilada, pelo blanco muy corto y una forma de mirar los techos abovedados del archivo que delataba el oficio. Era la nieta de Matías Garcés, el fundador del estudio, y la hija de Rafael, que lo heredó y lo cerró en 1971, cuando ya nadie quería retratos de estudio porque cualquiera tenía una Kodak.

—Mi padre guardó todo en el almacén de la calle de los Tintes —le explicó en el despacho del director, mientras Ernesto Valcárcel le servía un café que ella no tocó—. No tiró nada. Decía que una placa es una vida y que las vidas no se tiran. Luego se murió, y yo llevo quince años pagando un almacén lleno de vidas de otros.

Firmó con una estilográfica, sin ceremonia. Antes de irse, ya en el patio, se volvió hacia Alba.

—Usted es la que las va a catalogar.

—Sí.

—Mi abuelo retrató a media Cuenca. Bodas, primeras comuniones, carnés. Y la otra media, cuando se morían. —Lucía Garcés se subió el cuello del abrigo—. Tenga cuidado con lo que encuentra. Hay gente que todavía paga para que no se encuentre.

Alba creyó que era una frase hecha. Los donantes suelen decir cosas así, para darle peso a lo que entregan, para que el archivo no lo trate como trastos. Se lo comentó luego a Valcárcel y el director se rio por la nariz.

—Lo que no quiere nadie es que tardemos. La Fundación Lumbreras ya ha mandado el borrador del folleto.

La Fundación Lumbreras. Alba no puede pensar en el fondo Garcés sin pensar en la exposición, y no puede pensar en la exposición sin que se le tense la mandíbula. *Cuenca, luz y sombra. Fotografía Garcés, 1919-1971.*

Inauguración: sábado 28 de marzo, víspera de Domingo de Ramos, en la sala de la Diputación. Patrocinio: Fundación Lumbreras.

Comisariado: el Archivo Histórico Provincial, que quiere decir ella, que quiere decir seleccionar ochenta imágenes de catorce mil en cinco semanas, sin haber terminado siquiera de inventariar las cajas.

—Cinco semanas es una barbaridad —le dijo a Valcárcel.

—Cinco semanas es lo que hay. —El director tenía la costumbre de ordenar los bolígrafos de su mesa por colores mientras hablaba de dinero—. El presidente de la Fundación quiere que coincida con la Semana Santa. Turistas, prensa, autoridades. Y, si te soy sincero, Alba, sin su dinero no hay digitalización, y sin digitalización este fondo se queda en el sótano hasta que tú te jubiles.

Ignacio Lumbreras. Alba lo ha visto en fotografías: sesenta y pico años, pelo plateado peinado hacia atrás, sonrisa de hombre que inaugura cosas, y hoteles. Su abuelo, Teodoro Lumbreras, tiene una calle en la parte baja y un busto de bronce en la entrada del hotel principal, con la nariz brillante de tanto que la tocan los turistas para que les dé suerte. Maderero, benefactor, hombre de bien. En Cuenca no hay nadie que no haya comido alguna vez a costa de los Lumbreras.

Alba tampoco. Su padre les imprimió los menús durante veinte años.

Las cajas suben en el montacargas de cuatro en cuatro hasta el taller de conservación, en la segunda planta, una sala blanca con luz controlada, mesas de acero y un higrómetro en la pared que Alba consulta cada vez que entra, como otros consultan el móvil. Cincuenta y cuatro por ciento de humedad relativa, dieciocho grados. Bien.

Paco Huélamo, el restaurador, abre la primera caja con un cúter de hoja retráctil y la nariz arrugada.

—Huele a vinagre —dice.

—Acetato. Síndrome de vinagre. —Alba se pone los guantes de nitrilo—. Los negativos de película de los años cincuenta y sesenta. Habrá que separarlos antes de que contagien al resto.

—¿Y el vidrio?

—El vidrio no se pudre. El vidrio se rompe.

Trabajan toda la mañana en silencio, con la radio apagada. Paco saca las cajas y anota su estado; Alba abre las tapas, comprueba el contenido y dicta. Las placas están guardadas en sus cajas originales de cartón, las de

los fabricantes (Lumière, Agfa, Gevaert, alguna de la Fábrica Valca), con el rótulo escrito a lápiz graso en la tapa por una mano firme, de letra inclinada, que Alba aprende a reconocer enseguida: la de Matías Garcés. *Boda Collado-Huerta, mayo 1928. Comuniones San Esteban 1931. Carnés Instituto 1944. Ayuntamiento, visita del Gobernador, 1945.*

Ella va tomando notas en el portátil. Caja, rótulo, número de placas, estado. Le gusta este momento más que ningún otro de su trabajo: el de antes de mirar. Cuando todo es todavía una lista. Cuando nadie ha sido aún nadie.

A las dos sube la cuesta con el viento de la hoz del Huécar empujándola por la espalda. Abajo, las casas colgadas se asoman al vacío con sus balcones de madera, igual que en las placas que tiene arriba. Hay cosas que en Cuenca no cambian. Por eso es tan difícil vivir aquí. Por eso volvió.

Volvió hace dos años y tres meses, cuando su padre murió de un infarto en la silla de la imprenta con una prueba en la mano: el recordatorio de difuntos de una vecina. Pidió el traslado desde el Archivo Histórico Nacional, firmó el divorcio aquel verano y se quedó a vivir encima de la imprenta cerrada, con las máquinas tapadas con sábanas. De la mesa de su padre solo se llevó el cuentahílos de latón. Con él ve mejor, y lo que ve mejor le duele menos.

Tiene un abuelo, Julián, que la espera a comer los domingos en el barrio del Castillo, y una madre que se mató con el coche en la carretera de la hoz del Júcar cuando ella tenía ocho años. *Se mató* no es la expresión justa, le corrigió una vez una psicóloga. *Murió en un accidente*. Alba lleva veintisiete años sin saber cuál de las dos es la verdad.

A las cinco y media de la tarde quedan once cajas por abrir y Paco ya se ha ido. Alba debería irse también. Tiene el informe de ingreso a medias, una reunión con Valcárcel mañana a primera hora y la nevera vacía. En lugar de eso, coge la siguiente caja del carro.

Es una caja de cartón gris de placas Gevaert, de trece por dieciocho, más alta de lo normal. En la tapa, con el mismo lápiz graso de siempre, la letra de Matías Garcés:

VIERNES SANTO 1947 – CALVARIO

Debajo, más pequeño y con otro lápiz, alguien ha añadido: *12*.

Alba la deja sobre la mesa de acero. Enciende la lámpara de luz fría, ajusta el brazo. Sabe lo que va a encontrar: la procesión de las turbas, la madrugada del Viernes Santo, los turbos con sus tambores y sus clarines destemplados, el Nazareno subiendo por Palafox. Doce tomas de un fotógrafo de oficio en una mañana de 1947. Puede que alguna valga para la exposición. A Ignacio Lumbreras le encantará; su familia ha llevado ese paso desde siempre.

Levanta la tapa.

Las placas están de canto, separadas por sobres de papel cristal amarillento. Alba cuenta con la punta del dedo enguantado, sin tocar el vidrio. Uno, dos, tres. Siete. Once. Doce.

Trece.

Detrás de la duodécima, apretada contra la pared de la caja, hay otra. No va en un sobre de papel cristal como las demás. Va envuelta en papel de periódico, doblado con cuidado, con las esquinas metidas hacia dentro como se envuelve un regalo, y atado con un cordel fino de algodón.

Alba se queda quieta.

En el taller no se oye nada más que el zumbido del deshumidificador. Fuera ya es de noche; el ventanal que da a la hoz del Júcar es un espejo negro donde ve a una mujer de treinta y cinco años con guantes azules y la boca entreabierta.

Pesa más que las otras. Lo nota al sacarla. No mucho; unos gramos, el papel, el cordel. Pero las manos de un archivero son una balanza, y las suyas le dicen que este paquete no se hizo para guardar una placa, sino para esconderla.

El periódico es una sola hoja, doblada en cuatro. Por la cara que queda a la vista se lee la cabecera, en letras negras de palo grueso, partida por el doblez:

OFENSIVA

Y debajo, la fecha:

Cuenca, jueves 3 de abril de 1947

El día antes del Viernes Santo.

Alba mira la etiqueta de la caja. Mira el paquete. Piensa que tiene que fotografiarlo antes de abrirlo, que tiene que medirlo, que tiene que rellenar la ficha de incidencia de conservación y avisar a Paco y esperar a mañana. Piensa todo eso con la parte del cerebro que se sacó la oposición.

Con la otra parte, la que heredó de un impresor que miraba las fotografías con lupa para ver lo que nadie veía, coge el bisturí de la bandeja y corta el cordel.

DOS

El oficio de quitar

Lo primero que le enseñó Matías Garcés fue que retocar no es pintar.

—Pintar es poner lo que no hay —le dijo aquella mañana de 1941, cuando ella entró en el estudio con el abrigo de su madre y el certificado de depuración doblado en el bolsillo como una sentencia—. Retocar es quitar lo que sobra. La gente no quiere salir guapa, señorita Cañete. Quiere salir como cree que es.

Seis años después, Julia seguía pensando que era la definición más exacta de la posguerra que había oído nunca.

El pupitre de retoque estaba junto a la ventana de la trastienda, la que daba al patio de luces, porque la luz del norte no engaña. Era un mueble de madera de pino que el propio Garcés había mandado hacer a un carpintero de la calle de los Tintes: una mesa inclinada con un hueco en el centro donde iba encajado un cristal esmerilado, y debajo un espejo que recogía la luz de la ventana y la mandaba hacia arriba, a través del cristal, a través del negativo. Encima, una capota de cartón negro para que la luz no le diera en los ojos. Julia se pasaba allí siete horas al día con la frente casi pegada a la capota, mirando el mundo al revés: las caras negras, los dientes negros, las camisas blancas convertidas en manchas de sombra, el cielo de las bodas como un pozo.

Con los años había aprendido a leer los negativos como antes leía los cuadernos de sus alumnos. Una arruga era una línea clara. Un grano en la frente, un punto transparente. Las ojeras de una novia que no había dormido, dos medias lunas pálidas bajo unos ojos de carbón. Ella les ponía barniz mate con la yema del dedo, en círculos muy pequeños, para que el

lápiz agarrara sobre la gelatina, y luego, con un grafito afilado como una aguja, iba rellenando punto a punto lo que la luz había dejado demasiado transparente. Al positivar, las ojeras desaparecían. Las arrugas se suavizaban. La novia salía como creía que era.

Cuando hacía falta quitar algo de verdad (un lunar, una cicatriz, el brazo de un primo que nadie quería en el retrato), Julia usaba la cuchilla. Una hoja curva, muy fina, con la que raspaba la emulsión por el lado de la gelatina, tan despacio que a veces se le olvidaba respirar. Garcés decía que tenía la mejor mano para la cuchilla que había visto en treinta años de oficio. Ella no se lo tomaba como un cumplido. Una maestra no debería saber borrar a nadie.

Aquel lunes de febrero había llovido toda la noche y la calle Carretería era un barrizal. Los carros de la leña dejaban dos surcos negros desde la Puerta de Valencia hasta el Parque de San Julián; los coches, que eran pocos, salpicaban hasta los escaparates. El de Fotografía Garcés tenía en el centro, sobre un paño de terciopelo granate desteñido, el retrato de una novia de 1929 que ya no vivía en Cuenca, una primera comunión con el traje de marinero almidonado, el Gobernador Civil inaugurando un grupo de viviendas y, en una esquina, más pequeña, una vista de las casas colgadas con nieve que se vendía en postal a dos reales.

Garcés estaba en el laboratorio desde las siete. Julia lo oía trajinar con las cubetas al otro lado de la cortina negra, tarareando algo de zarzuela entre dientes, siempre la misma, *La del manojo de rosas*, siempre desafinando en el mismo sitio. Matías Garcés tenía cincuenta y cuatro años, una calva pecosa que se cubría con una boina en invierno y un bigote amarillento de nicotina que se recortaba él mismo con unas tijeras de laboratorio. Había enviudado en 1938. Nunca hablaba de la guerra. Nunca hablaba de casi nada que no fuera la luz.

—Hay doce de la boda Ayllón —le dijo a las nueve, asomando la cabeza por la cortina, con las manos rojas del revelador—. La novia tiene un orzuelo. Y el novio, papada. Quítale lo que puedas sin que se note.

—¿Del novio o de la novia?

—De los dos. Y del padrino. —Garcés bajó la voz—. El padrino es don Severiano.

Julia no contestó. Encajó el primer negativo en el cristal esmerilado, ajustó el espejo y se inclinó sobre la capota.

Severiano Ayllón, delegado local de Abastos, camisa azul los domingos y anillo de oro con iniciales todos los días, le devolvía la mirada al revés: una cara oscura con los ojos blancos. Así era como Julia prefería verlo. Al derecho, en la cola del racionamiento del economato, Ayllón tenía la costumbre de pasar despacio junto a las mujeres, revisando las cartillas, y de detenerse junto a ella para decir en voz alta, para que lo oyeran todas, que había gente que comía con la cartilla de los que estaban presos. Que había rojas que comían dos veces. Una vez, en el invierno de 1945, le había puesto la mano en la cintura mientras lo decía. Julia le había mirado la mano hasta que él la quitó.

Le dejó la papada como estaba.

A las once sonó la campanilla de la puerta y Julia oyó la voz de Teodoro Lumbreras saludando a la señora Remedios, que atendía el mostrador por las mañanas.

—Vengo a por lo de mi chico, Remedios, que su madre no me deja vivir.

Lumbreras tenía una voz grande, de hombre que ha mandado gancheros en el río, que ha discutido precios con tratantes de Valencia y que ha llevado a hombros, en las turbas, el paso del Nazareno desde los dieciséis años. Era una voz que llenaba la tienda. Julia la oyó reírse, oyó a Remedios reírse con él, oyó el crujido del papel de seda en el que Garcés envolvía los retratos importantes.

Luego oyó sus pasos acercándose a la trastienda.

—¿Se puede?

No esperó la respuesta. Nunca la esperaba. Apartó la cortina con una mano y entró con el sombrero en la otra, agachando la cabeza bajo el dintel. Era un hombre ancho, de cuarenta y un años, con el pelo muy corto y gris en las sienes y una cicatriz pálida que le partía en dos la ceja izquierda, de modo que siempre parecía que estaba a punto de hacer una pregunta. Traía un abrigo de paño bueno, de antes de la guerra, y olía a resina y a colonia de barbería.

—Señorita Cañete.

—Don Teodoro.

—Mire. —Le tendió el retrato, todavía a medio envolver—. Mi Luis. Cuatro meses. ¿Verdad que tiene la cara de mi padre?

Julia miró el retrato. Un niño gordo, de papada doble, sentado en un cojín de terciopelo con un faldón de encaje y cara de estar a punto de